

LOS AMORES DE DON LUIS Y DOÑA CLARA: ¿ESBOZO DE NOVELA O EPISODIO INTEGRADO?

JEAN CANAVAGGIO
Universidad de Paris X

RESUMEN:

Este estudio se ocupa de esa breve novela de los amores de don Luis y doña Clara, desarrollada en los capítulos 42 y 43 del Primer *Quijote*. Pese a las opiniones más bien adversas a la misma, se pone de relieve su conseguida integración en la obra, con el análisis de las correspondencias e interrelaciones de dicho episodio tanto con la historia principal, como con aquellas otras narraciones secundarias insertas en los capítulos finales de la venta. De esto modo quedarían confirmados los famosos comentarios de Cide Hamete al inicio del cap. 44 del *Quijote* de 1615, acerca de aquellos «casos sucedidos al mismo don Quijote», y entre los que quedaría incluido el presente relato.

PALABRAS CLAVE:

Quijote I. Episodio. Intercalación. Luis y Clara.

ABSTRACT:

This study deals with the brief novel of the affairs of Don Luis and Doña Clara, recounted in chapters 42 and 43 of the First Part of 'Don Quixote'. Despite the rather bad public opinion about it, we have highlighted its successful integration in the whole work, analysing the correspondences and interrelations of such episode both with the main story and with other secondary accounts included in the final chapters set in the country inn. In this way, we can confirm the famous comments made by Cide Hamete at the famous comments made by Cide Hamete at the beginning of chapter 44 of the 1615 'Don Quixote' about the "casos sucedidos al mismo don Quijote", among which the account subject of our study also is.

KEYWORDS:

First Part of *Don Quixote*. Episode. Intercalation. *Luis and Clara*

Entre las novelas intercaladas en la Primera parte del *Quijote*, ha merecido escasa atención por parte de la crítica, la que protagonizan doña Clara y don Luis en la venta, después de concluido el relato del Cautivo. No carecen de interés las observaciones que ha suscitado, pero pocas llegan a expresar una franca adhesión. Hasta resulta un tanto reticente la opinión emitida por uno de los más destacados cervantistas, el malogrado Edward C. Riley, sobre lo que considera como «un simple esbozo, en parte narración, en parte acción, un relato de amor juvenil, una simple aventura llevada, en fases, por una intervención adulta, hasta un vago pero esperanzador desenlace»¹. Este juicio algo reservado no ha dejado de tener su contrapartida. Pero ésta corresponde más bien a

¹ E.C. Riley, *Introducción al «Quijote»*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 106. Un repaso de los juicios negativos nos ofrece S. Zimic en *Los cuentos y las novelas del «Quijote»*, Universidad de Navarra/Iberoamericana/Vervuert, Madrid-Frankfurt am Main, 1998, p. 175. Entre las páginas dedicadas a esta novela, destacan las que debemos a

una lectura ingenua de esta novelita, cuyo encanto ha tenido sus mejores defensores en Diego Clemencín y Francisco Rodríguez Marín. Embelesados por doña Clara, la consideran como una linda figurita «de lo más bello y delicado que se vio jamás en novela alguna», una figura que pasa «rápidamente por estas páginas como un blando aroma, como un deliciosa melodía, como un suave fulgor de luna»².

Se nos dirá que los criterios elegidos por Riley son de otra índole que los que suscitaron el entusiasmo de los dos benéritos anotadores del *Quijote*. En vez de valorar exclusivamente a la protagonista de estos amores, separándola de su contexto, el hispanista inglés se centra más bien en la configuración de una historia que, efectivamente, se nos aparece situada en la arista entre narración y acción. Sin embargo, el efecto recalcado por Clemencín y Rodríguez Marín sigue imponiéndose al lector actual, y esto a pesar de la ausencia de un auténtico final. Este contraste de pareceres constituiría un callejón sin salida, si el propio Cervantes no nos hubiera señalado otra vía de acceso : la que nos abre en el examen retrospectivo, al principio del capítulo 44 de la Segunda parte, de las novelas o cuentos interpolados de la Primera. Pasemos aquí por alto el conocido juego de encajes por el cual nos enteramos de una infidelidad cometida por el supuesto traductor de la historia compuesta por un supuesto Cide Hamete Benegeli. Lo que nos conviene notar, es que el debate afecta tan sólo a dos novelas, la del *Curioso impertinente* y la del *Capitán Cautivo*, «que están como separadas de la historia». En cambio, «las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo don Quijote, que no podían dejar de escribirse» (II, 44, 1070). Si se entiende al pie de la letra lo que se nos dice aquí, esta definición se aplica, pues, a la historia de Grisóstomo y Marcela, a las aventuras entrecruzadas de Cardenio, Luscinda, don Fernando y Dorotea, a la de Leandro y, desde luego, a la de don Luis y doña Clara. Esta perspectiva, por lo tanto, es la que vamos elegir aquí para volver a examinar una novela que no se limita a las intervenciones de los dos protagonistas, sino que abarca, en su desarrollo, varios capítulos de la obra, siendo, en opinión de Jacques Joset «quizá la más integrada de todos los episodios «intercalados» de la Primera parte del *Quijote*».³

Reducida a su núcleo esencial, la historia de estos amores se articula entre dos secuencias sucesivas, repartidas entre los capítulos 43 y 44. La primera empieza al final del capítulo 42, poco después del momento en que los huéspedes de la venta se recogen para descansar durante lo que les queda de noche. Rompe entonces el silencio una voz «tan entonada y tan buena, que obligó a que todas le prestasen atento oído» (I, 42, 547). La canción que se escucha acto seguido, y que abre el capítulo 43, se organiza

J. Casalduero, *Sentido y forma del «Quijote»*, Madrid, Ínsula, 1949, pp. 171-181, E. Williamson, «Romance and Realism in the Quixote», *Cervantes*, 2.1 (1982), pp. 53-58, M. Moner, *Cervantes: deux thèmes majeurs (L'Amour – Les Armes et les Lettres)*, Toulouse, France-Ibérie Recherche, 1986, pp. 41-42, S. Zimic, *Los cuentos y las novelas...*, pp. 175-185, y J. Joset, «Lecturas», en Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. de F. Rico, Barcelona, Círculo de lectores, 2005, t. II, pp. 95-101 (edición a la que remiten en adelante nuestras citas del texto cervantino).

² Citado por V. Gaos, en su ed. de Cervantes, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Gredos, 1987, t. I, pp. 844 y 845.

³ Joset, «Lecturas», p. 95.

sobre el conocido tópico de la nave de amores, pero el misterio que envuelve al que la canta la hace conmovedora. Marinero de amor, éste sigue, cual Palinuro en la *Eneida*, una clara y luciente estrella, pero ocurre que se le encubre cuando más verla procura. Viaje el suyo, pues, sin esperanza de llegar a puerto alguno, a pesar de aquella resplandeciente estrella que le inspira, alienta y orienta, y esto por culpa de unos «recatos impertinentes» y de una «honestidad contra el uso». Al parecer, son las damas las que escuchan esta voz - aunque también la oye Cardenio -, de manera que en el aposento donde están juntas Dorotea y Clara, aquélla despierta a ésta «moviéndola a una y otra parte». Soñolienta, Clara no entiende al principio lo que Dorotea le quiere decir; «pero apenas hubo oído dos versos que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan estraño como si de algún grave accidente de cuartana estuviera enferma». Reacción insólita, por cierto; pero el que se queje a Dorotea de este súbito despertar permite a ésta, en un primer intercambio de réplicas, enterarse de que «ese desdichado músico» no es, como podría pensarse, «un mozo de mulas». Es un «señor de lugares» y, añade Clara, «el que le tiene en mi alma, con tanta seguridad, que si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente» (I, 43, 549). No nos da su nombre, sino que tan sólo señala su condición.

No es este dato el que llama la atención de Dorotea, sino las «sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban mucho a la discreción que sus pocos años prometían». Clara se mantiene así en primer término - si bien el músico conserva su protagonismo, aun entre bastidores -, mediante dos intervenciones de Dorotea que, aparentemente contradictorias, persiguen en realidad la misma finalidad. Tras pedir a Clara que se declare más, diciendo «lo que es lo que decís de alma y lugares y de este músico cuya voz tan inquieta os tiene», su compañera le impone silencio para poder escuchar otro cantar, que torna con «nuevos versos y nuevo tono» (I, 43, 549). De hecho, esta segunda canción, que ya no es romance, sino oda, no sólo nos ofrece nuevo tono, sino que expresa ahora la dulce esperanza del músico, aun cuando se vea a cada paso junto al de su muerte. Concluida la canción, los nuevos sollozos de Clara suspenden otra vez la curiosidad del lector, alimentada por «tan suave canto y tan triste lloro». Así se crean las condiciones óptimas para que nos cuente la historia de sus amores. Esta historia arranca de una identificación parcial del que canta: hijo único de un caballero natural de Aragón, señor de vasallos, vive en la Corte, frontero de la casa del padre de la narradora. Así y todo, y a diferencia de lo que pasó en el cuento de Dorotea, seguimos sin saber cómo se llaman este hijo y su padre. Tampoco se nos dice en qué ocasión vino a enamorarse de Clara, puesto que, si hemos de creerla, no sabe si en la iglesia o en otra parte. Si Clara no lo sabe, es, sencillamente, por un recato y una honestidad que se observa hasta en su casa, puesto que ésta tenía las ventanas con lienzos en invierno y celosías en verano. En cambio, sí reparó en las señas y lágrimas que le prodigaba su vecino desde la suya. Otras tantas muestras de un amor pronto correspondido, como

lo confiesa llanamente la muchacha: «que yo le hube de creer, y aun querer, sin saber lo que me quería». Estas dudas pronto se disiparon en cuanto el mozo, entre las señas que le hacía, se puso a juntar su mano con la otra, dándole a entender que se casaría con ella. Pero Clara no sabía cómo contestar a semejantes señas, si no es alzar un poco el lienzo o la celosía, en ausencia de su padre, y dejarse ver toda, «de lo que él hacía tanta fiesta, que daba señales de volverse loco.» (I, 43, 551). Nos percatamos así de que lienzo y celosía se alzaron alternadamente, en diferentes momentos del año, a lo largo de un trato de varios meses⁴. Pero, por haber quedado huérfana al nacer, Clara no pudo confiarse a su madre, como solían hacer las muchachas enamoradas de las jarchas. En cuanto a comunicarse por cartas – recurso clásico de la novela sentimental – o valerse de los servicios de una criada, como hicieron Dorotea o Camila, su honestidad siempre se lo prohibió.

Ocurre entonces un acontecimiento que viene a romper el movimiento reiterativo de este intercambio mudo: la partida de Clara a las Indias, en compañía de su padre, nombrado oidor en la Audiencia de Méjico⁵. Viaje cuyo inmediato efecto fue provocar una «pesadumbre» en el mozo, que imposibilitó cualquier forma de despedida, aunque fuera por señas. Pero, una vez emprendido el camino del oidor hacia Sevilla, esta peripecia, que parecía desembocar en un final trunco, va a recibir nuevo impulso por la súbita reaparición, a los dos días, del hijo del señor de lugares en hábito de mozo de mulas. Disfraz del todo novelesco, sin duda; pero el que lo vistiera tan «al natural», además de no despertar las sospechas del oidor, hizo que doña Clara fuera la única en poder reconocerlo, por traerlo tan retratado en su alma. De esta manera, el artificio elegido por el muchacho permitió a su luciente estrella mostrar que lo quería al natural, y no con artificio, alternando desde entonces alegría y pesadumbre: alegría nacida de la presencia de su amante a su lado, hasta tal punto, dice ella, que donde él pone los pies, ella pone los ojos; pesadumbre en vista del peligro que corre de que sea reconocido por su padre. Ahora bien, este momento álgido del relato se nos aparece marcado por una tensión que no sólo procede de este peligro, sino del dolor del otro padre, abandonado por un hijo que, además de ser su único heredero, es plenamente merecedor de este amor paterno. Pero ¿qué pruebas tiene la narradora de los méritos de su amante? Sencillamente ser «muy grande estudiante y poeta» (I, 43, 552), cosa que declara haber oído decir, sin concretar cuándo ni cómo lo supo, así como sacar de su cabeza todo aquello que canta, aunque no nos diga cómo su querido poeta se lo pudo certificar. En cualquier caso, el efecto más inmediato de las dos canciones es el temor de que el oidor no sólo

⁴ Los lienzos eran de tela de lino encerada o engrasada para que protegiese de la lluvia y del aire frío; en verano, para que corriese el aire, se sustituían por celosías, rejillas de madera que permitían ver sin ser visto. No era común usar cristales (*Don Quijote de la Mancha*, ed. F. Rico, t. I, p. 551, n. 20)

⁵ Era el oidor un juez o magistrado de las Audiencias, nombrado por el Rey, en cuyo nombre oía las partes y dictaba sentencias; como visitador velaba por la disciplina y reprimía la corrupción. Dependía del Consejo Real, que funcionaba como Tribunal Supremo (*Don Quijote de la Mancha*, ed. cit., t. I, p. 541, n. 4).

reconozca al muchacho, sino que venga en conocimiento de estos amores. Concluye Clara su narración con una paradoja según la cual tanto quiere a quien en su vida ha hablado palabra, que no podría vivir sin él.

Esta conclusión suscita una intervención de Dorotea, hasta entonces callada, ofreciéndose a encaminar los negocios de la muchacha hacia un fin feliz, aunque sin indicar los medios de que dispone para conseguirlo. De ahí el temor de Clara, enfrentada a una realidad ineludible, al saber la desigualdad entre las dos familias: la de un hidalgo leonés, letrado por Salamanca, por un lado y, por otro lado, la de un señor de Aragón, tan principal y tan rico que su hijo ni siquiera podría tener a su amante por criada⁶. Las perspectivas que se le ofrecen, entonces, evidencian un claro desfase entre lo que le dicta la razón y lo que siente en el alma. No ve más salida que el volver el mozo a la casa paterna, originando así una separación acrecentada por la distancia que pondrá el Océano entre los dos amantes. Pero aquella discreción que Dorotea detectó en sus razones la convence, acto seguido, de que no conocerá el alivio esperado: «sé decir que este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco». Situación patética, si Clara no terminara con un comentario que hace reír a su compañera: «no sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo». Más que ingenua, Clara se nos aparece aquí tan espontánea que no puede explicarse este impulso, sino por sus dieciséis años no cumplidos: «que en verdad, que creo que él y yo somos de una edad mesma». La risa de Dorotea, en tales condiciones, crea un ambiente más sosegado, del que se vale para tratar de tranquilizar a la muchacha, invitándola a descansar sin perder esperanza; y, como hija de labradores, si bien ricos, aprovecha, para ratificar sus palabras, la común experiencia recogida por el refranero: «amanecerá Dios y medraremos, o mal me andarán las manos» (I, 43, 553).

Se suspende entonces la historia de doña Clara, a consecuencia, como en otras ocasiones, de la reaparición de don Quijote, el cual se había ofrecido a hacer la guardia de la venta que pensaba ser castillo. Nuestro caballero, del que no sabemos si oyó el romance del marinero de amor, es entonces víctima de la burla que le hacen Maritornes y la hija del ventero, quedando de pie sobre Rocinante y atado de la muñeca al cerrojo de la puerta del pajar. Así, pues, habrá que esperar al capítulo siguiente para que se inicie la segunda secuencia del cuento intercalado. Pero no se reanuda la narración iniciada en el anterior, sino que la atención del lector se desplaza hacia un muchacho de hasta edad de quince años, vestido de mozo de mulas, por quien preguntan unos desconocidos cuya aparición a caballo resultó fatal para el ingenioso hidalgo, provocando su dolorosa caída. Aunque, al decir de Cide Hamete, las señas que dan de aquel muchacho sean las mismas que traía el amante de doña Clara, la respuesta que reciben del vente-

⁶ Los señores de lugares o de vasallos formaban una categoría más alta que la de la hidalguía, y normalmente iban acompañados de buena posición económica, gracias a la cual a menudo se había adquirido (*Don Quijote de la Mancha*, ed. cit., t. I, p. 549, n. 8)

ro muestra que ni se ha fijado en él, ni ha sido de los que oyeron la serenata nocturna. Quien sospecha que debe hallarse en la venta es uno de los recién llegados, al reparar en el coche en que venía el oidor con su hija, de modo que él y sus compañeros no tardan en descubrirlo descuidado y dormido en el pajar. Aunque se observa una evidente simetría entre el despertar del mancebo por los que le buscaban y el de doña Clara por Dorotea, los efectos de este hallazgo son de otro tenor. Esta vez, la sorpresa del lector se debe a que el que dirige la palabra al muchacho no sólo nos descubre su nombre - don Luis - sino que, al llamarlo «señor», revela su propia condición ancilar. Ahora bien, la deferencia que le impone esta condición no contradice su determinación. En tanto que echa en cara al mozo el contraste entre su hábito y su persona, así como entre la cama en que se halla y el regalo con que su madre lo crió, lo traba del brazo, invitándole a dar la vuelta a casa.

La fuerza que le hace de esta manera tiene su explicación: este criado no hace más que cumplir las órdenes de un padre que se está desviviendo por su hijo desde el momento en que se fue sin decirle adónde. Pero la reacción de don Luis no es la que se esperaba. Como muchacho soñoliento, tardó un tanto en reconocer al servidor que le estaba hablando, preguntándole después cómo su padre pudo saber que venía en este traje y por este camino. Pero, una vez enterado de que se lo dijo un estudiante con quien había compartido su secreto, se declara determinado a no obedecer, a pesar de la nota patética que introduce el criado, al mencionar el dolor de su amo. Este momento de tensión se suspende con la llegada de los huéspedes, avisados por otro mozo de mulas que presencié la escena y les refiere lo ocurrido, señalando «como aquel hombre llamaba de *don* a aquel muchacho⁷, y las razones que pasaban, y como le quería volver a casa de su padre, y el mozo no quería» (I, 44, 563). Los primeros en acudir son Cardenio y Dorotea, seguidos de doña Clara, la cual no tarda en entender lo que sucede. Sin embargo, no basta su presencia, sino que hacen falta más testigos de manera que al acercarse los demás huéspedes de la venta, se opera una significativa reordenación del espacio. En torno a don Luis, que está porfiando con los cuatro criados y pretende dar fin a un «negocio» en que le va «la honra, la vida y el alma», se van agrupando, uno tras otro, todos los hombres y, entre ellos, el oidor cuya intervención va a dar nuevo sesgo a la acción. Como vecino del padre de don Luis, no sólo es reconocido por uno de los criados que le informa de lo sucedido, sino que se vuelve hacia el mozo, lo mira más atentamente y, abrazándole, le dice: «¿Qué niñerías son estas, señor don Luis, o qué causas tan poderosas, que os hayan movido a venir desta manera y en este traje, que dice tan mal con la calidad vuestra?» (I, 44, 564). A primera vista, el oidor no hace más que repetir lo dicho por el criado que despertó al muchacho. Sin embargo, su condición de hombre mayor, sorprendido por estas «niñerías», no le impide dirigirse

⁷ Sólo los que pertenecían a la clase superior a la hidalguía tenían derecho a ser tratados de don: un derecho del que goza don Luis por ser señor de lugares.

con la debida deferencia al hijo de un señor de lugares. Además, se muestra a la vez cariñoso y comprensivo ante las «poderosas causas» que pudieron originarlas. No hace falta más para que la porfía de don Luis se resuelva en un silencio cargado de lágrimas mal reprimidas, como preámbulo a una entrevista que no se relata acto seguido, debido a un nuevo incidente que padece esta vez el ventero por culpa de unos huéspedes que quisieron irse sin pagar.

Al reanudarse el cuento intercalado, quedando esta vez los dos interlocutores a solas, se limita el narrador a recordar la pregunta del segundo al primero. Mediante este procedimiento, se centra la atención en el muchacho: no sólo por su actitud ante el oidor, «asiéndole fuertemente de las manos ... y derramando lágrimas en gran abundancia», sino por expresarse en estilo directo, como hizo doña Clara con Dorotea. Ahora bien, la relación que nos ofrece de sus amores no se limita a confirmar la que declaró la doncella momentos antes. En primer lugar, es de notar de qué modo aclara las «poderosas causas que le movieron». Para decirlo con sus propias palabras, «desde el punto que quiso el cielo y facilitó nuestra vecindad que yo viese a mi señora doña Clara, hija vuestra y señora mía, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mío, no la impide, en este mismo día ha de ser mi esposa» (I, 44, 566). Así pues, los deseos de don Luis se encaminan hacia un fin honesto, como lo dio a entender por señas a su amada. Pero, además de supeditar a un designio providencial las circunstancias que le llevaron a contemplar a su vecina y enamorarse de ella, invierte literalmente los términos de su relación con Clara y su padre. Como ya vimos, la niña ni siquiera se creía digna de ser criada del hijo de un señor de lugares. En cambio, él se arrodilla ante la que considera como su señora, en tanto que ase de las manos a un hombre al que llama «verdadero señor y padre mío». En un segundo momento, tras recordar una salida de casa y un disfraz que justifica acudiendo al símil que glosó en su romance, el del marinero que sigue al norte, vuelve a trastocar la situación creada por la diferencia de condición entre las dos familias. La riqueza y nobleza de sus padres y el ser él su único heredero vienen a ser las razones que aduce para tratar de conseguir el visto bueno del oidor. Mientras doña Clara no hacía más que contar sus amores a Dorotea, sin encontrar salida al callejón en que se veía metida, don Luis se proyecta hacia el puerto que estaba buscando, hacia el único futuro que puede concebir, poniendo su salvación en manos de su interlocutor. No se le escapa el obstáculo que se le pone delante: el que su padre, llevado de otros designios suyos, gustase de este bien que él supo buscarse. No obstante, no quiere darse por vencido: «más fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas que las humanas voluntades».

El porvenir al que se refiere aquí don Luis no puede ser más borroso, aun cuando no llegue a sugerir un matrimonio no consentido por los padres, resolución que Clara, como ya vimos, no quiso admitir. Pero su efecto inmediato es poner al oidor en confusión. Admirado «de haber oído el modo y la discreción con que don Luis le había

descubierto su pensamiento», se queda callado, por «verse en punto que no sabía el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio» (I, 44, 567). Dicho de otro modo, el «negocio» invocado por don Luis para no volver a casa con los criados de su padre pasa a ser el «negocio» del padre de doña Clara, un negocio que éste no sabe cómo concluir. Tan sólo se le ocurre tratar de ganar tiempo, buscando un modo para conseguir de los criados que no hagan regresar a casa al hijo de su amo. En resolución, mientras este aparte se cierra con las muestras de agradecimiento de un muchacho que aprieta las manos de su interlocutor y las baña con lágrimas, el oidor se nos aparece no sólo conmovido por esas muestras, sino perplejo ante la perspectiva de un matrimonio que, aunque no corresponda a la condición de su hija, no dejaría de estarle muy bien. Dicho de otro modo, el caso de amor protagonizado por los dos jóvenes se convierte en un caso de honor, el que plantea un casamiento desigual entre dos seres que no pertenecen al mismo mundo, a pesar de ser vecinos en la Villa y Corte. Pero la apuesta que supone para el padre de doña Clara, aventurarse a hacer a don Luis venturoso - para decirlo con las palabras del muchacho - esta apuesta, para ser ganada, requiere el acuerdo del padre de don Luis. En el momento en que nos encontramos, nada nos puede asegurar este acuerdo. Se suspende entonces el cuento otra vez, protagonizado ahora, ya no por los amantes, sino por el medianero virtual que el oidor resulta ser ahora.

Se comprenderá, desde tal perspectiva, la importancia que reviste la conexión de esta historia en la cual, efectivamente, la narración de doña Clara se convierte en una acción protagonizada por don Luis, con otra historia que la precede y prepara, la que nos contó el Cautivo, hermano del oidor. Especial relevancia tiene el comienzo de este último cuento, al concretar el narrador las circunstancias en que él y sus dos hermanos se fueron de la casa paterna, veintidós años antes. Al referir cómo los tres hijos se despidieron de su padre, un hidalgo de las montañas de León que siguió la carrera de las armas, Ruy Pérez de Viedma nos facilita unos datos que nos permiten trazar un primer perfil del futuro oidor. Como el más joven de los tres y, añade el narrador, «a lo que yo creo, el más discreto», éste se atiene al primero de los tres caminos, «Iglesia, o mar, o casa real», señalados en el refrán traído a colación por el padre. Sólo que, en aquel momento, no está en condiciones de elegir entre los dos términos de la alternativa que se le ofrece: o bien «seguir la Iglesia», en el cabal sentido de la palabra, ordenándose de clérigo, o bien «irse a acabar sus comenzados estudios a Salamanca» (I, 39, 495). Otro dato significativo es el hecho de que, a imitación de sus hermanos, da a su padre mil ducados de los dos mil que recibió de su hacienda. Se separan entonces los tres hijos, tomando cada uno un camino distinto, sin que, durante poco menos de un cuarto de siglo, el narrador reciba nueva alguna de sus hermanos, a pesar de haber escrito algunas cartas que quedaron sin contestar. Hace falta esperar los sucesos de la venta, una vez concluida la relación del Cautivo, para que éste declare querer irse con Zoraida, «con intención de ver si mi padre es vivo, o si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera ventura que la mía»; aunque, añade, «por haberme

hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que más la estimara» (I, 41, 539).

En este momento, precisamente, es cuando un nuevo personaje se presenta ante nosotros, al salir de su coche en compañía de una doncella de hasta dieciséis años, tras los pasos de unos hombres a caballo que acaban de pedir posada para «el señor oidor». A decir verdad, no hay ningún indicio de que aquel hombre togado, que viste ropa luega con las mangas arrocadas, sea el hermano del capitán. Pero el aspecto que ofrece basta ya para que llame nuestra atención⁸ y justifica la acogida que le reserva la mesonera todo turbada, llegando a darle su propio aposento por no quedar una sola cama en la venta, así como la bizarría, hermosura y gallardía de la muchacha, «que a todos puso en admiración su vista» (I, 42, 542). El nuevo reparto que se hace de los huéspedes de la venta, a consecuencia de dicha llegada, hace que esta doncella tenga que pasar la noche con las demás señoras, creando así las condiciones de una intimidad que satisface a su padre. Mientras tanto, se desplaza la atención hacia el Cautivo, ya no como narrador de su propia historia, sino por sospechar que el recién venido bien podría ser su hermano. Sospecha que se convierte en certidumbre en cuanto uno de los criados del oidor le informa de que se llama el licenciado Juan Pérez de Viedma, del cual «había oído decir que era de un lugar de las tierras de León». A estas informaciones, que corresponden a la espera del lector, el criado añade tres nuevos datos, ignorados del capitán, que contribuyen a completar el perfil del personaje: el ir proveído a las Indias en la Audiencia de Méjico; el no tener más hija que esta doncella, de cuyo parto había muerto su madre; y el haber quedado muy rico con la dote que con la hija se le quedó en casa. Tras reconstruir de este modo la trayectoria personal y profesional de su hermano, el Cautivo se queda con una duda: saber «qué modo tendría para descubrirse o para conocer, primero, si, después de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentaba o le recibía con buenas entrañas» (I, 42, 543). De ahí la traza que imagina el cura para preparar un encuentro que no le resulta tan azaroso como al capitán, ya que no espera arrogancia o ingratitud por parte de un hombre que ha dado indicios de su valor y prudencia y ha de saber «poner los casos de fortuna en su punto» (I, 42, 543). Valiéndose de la relación que acaba de dar Ruy Pérez de Viedma, y haciéndose pasar por otro cautivo que llegó a conocerle en Constantinopla, el cura refiere al oidor las aventuras de su hermano, aunque sin llevarlas hasta su feliz conclusión, afirmando ignorar qué se hizo de él una vez despojado por los corsarios franceses con los demás cristianos. La reacción del oidor se revela entonces en plena conformidad con el pronóstico del cura. Además de manifestar una sensibilidad que se nota en un «grande suspiro» y en las

⁸ Puede sorprender el que el oidor no venga vestido de camino, como su hija. Pero, por orden real de 1579, los oficiales superiores de justicia tenían que vestir obligatoriamente y constatemente una toga larga y abierta, con las mangas arrocadas, o sea muy abultadas en la parte superior del brazo y ajustadas desde encima de los codos hasta la muñeca (*Don Quijote de la Mancha*, ed. cit. t. I, p. 541, n. 7).

lágrimas que le salen por los ojos, contra toda su discreción y recato, declara admirar a su mayor hermano, «más fuerte y de más altos pensamientos que yo ni otro hermano mío», por haber escogido «el honroso y digno ejercicio de la guerra» (I, 42, 545); y en cuanto a Zoraida, «hermosa y liberal» (I, 42, 546), el oidor concluye su respuesta dándole las más sentidas gracias, sin sospechar que está a dos pasos de él. La reunión de los dos hermanos que, después de abrazarse, derraman «tiernas lágrimas de contento» (I, 42, 546), constituye, por lo tanto, un clímax emocional al que concurren los demás huéspedes de la venta, entre los cuales está, por supuesto, Zoraida a la que abraza el oidor, haciendo luego que la abrace su hija. Nos acercamos así al instante en que, una vez aflojada la tensión, unos y otros van a recogerse en sus aposentos, y se prepara de este modo, no sólo la transición que nos lleva del cuento del Cautivo a la historia de doña Clara, sino, al día siguiente, a la oportuna intervención de su padre en el mismo momento en que los criados de su vecino estaban a punto de llevarse a don Luis.

Cabe volver ahora, en un repaso retrospectivo, sobre el papel desempeñado por los demás huéspedes de la venta, entre los cuales figuran no sólo los protagonistas de dos novelas intercaladas, sino el cura y el barbero, dejando para el final las intervenciones de don Quijote. Quienes ocupan un lugar relevante, entre los primeros, son, sin la menor duda, Dorotea, Cardenio y don Fernando, a diferencia de Luscinda, que no pasa de ser mera comparsa. Dorotea, como ya vimos, es una de las primeras en oír la voz extremada del supuesto mozo de mulas. Despierta a doña Clara, induciéndola a contarle sus amores y se ofrece a buscar el modo de encaminar sus negocios de manera que «tengan el felice fin que tan honestos principios merecen» (I, 43, 504). Más adelante, es ella la que, en breves razones, cuenta a Cardenio la historia del músico en el mismo momento en que éste se niega a obedecer a los criados de su padre. Pero no consigue que deje de oírla doña Clara, «de lo que ésta quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara a tenerla, diera consigo en el suelo» (I, 44, 514). Cardenio, por su parte, repara al mismo tiempo que Dorotea en la voz de aquel mozo de mulas, «que de tal manera canta, que encanta» (I, 42, 500). No sorprende, por consiguiente, que, al amanecer, se vaya con don Fernando «hacia la parte donde don Luis aun estaba hablando y porfiando con el criado» (I, 44, 552), determinado a poner remedio en todo. Con ellos acuden, además de don Quijote, el cura, el barbero y el oidor; pero es Cardenio quien, entre todos, pregunta a los criados «qué les movía a querer llevar contra su voluntad aquel muchacho» (I, 44, 564). Por fin, una vez concluida la entrevista entre don Luis y el padre de doña Clara, éste consulta con don Fernando, Cardenio y el cura «qué debía hacer en aquel caso» (I, 45, 576).

Las intervenciones de estos personajes no sólo forman una manera de contrapunto, con respecto a la trama de la historia, sino que contribuyen a orientar su progresión: primero, poniendo en marcha la parte propiamente narrativa, luego dando, en un momento decisivo, nuevo sesgo a la acción. Al mismo tiempo, los amores entrecruzados

de Cardenio, Luscinda, don Fernando y Dorotea vienen a configurar una manera de trasfondo sobre el cual se recorta el idilio de los dos jóvenes: entre don Fernando y don Luis, así como entre Dorotea y doña Clara, se esboza un juego de correspondencias y contrastes plasmado en su respectiva actitud ante la obediencia debida a los padres y, por lo que se refiere al compromiso matrimonial, ante la fe en la palabra dada. Hija de labradores ricos, Dorotea, además de valerse de la complicidad de una criada, no sólo recibió de improviso la visita de don Fernando en su cuarto, sino que se entregó a su amante, después de hacer un breve discurso consigo, reparando en que no sería «la primera que por vía de matrimonio haya subido de humilde a grande estado» (I, 28, 358). Doña Clara, a la inversa, no contempla un solo instante la posibilidad de que don Luis penetre en su casa. Mejor aun: aunque lo quiera de manera que no puede vivir sin él, no imagina poder ser su esposa, por más que su pretendiente sea quien, pocos días antes, solía juntarse la una mano con la otra entre las señas que le hacía. En efecto, declara, «casarme yo a hurto de mi padre no lo haré por cuanto hay en el mundo» (I, 43, 553).

La entrevista que el oidor tiene con don Luis podría allanar el camino, ya que el mozo reitera su deseo de casarse con Clara, comunicándolo esta vez al padre de su amada. Pero, como ya vimos, es el señor de lugares quien tiene en sus manos la decisión. ¿De qué argumentos puede valerse el oidor para conseguir un matrimonio que le estaría bien a su hija, no sólo desde un punto de vista sentimental, sino para subir de mediano a más alto estado? Además de ser hidalgo, requisito imprescindible, su origen leonés, su calidad de letrado, proveído de un cargo honroso, y la riqueza que heredó de su esposa⁹. Pero estas aspiraciones no se compaginan con los deseos del padre de don Luis, «del cual sabía que pretendía hacer de título a su hijo» (I, 44, 567). Obtener para el muchacho un título nobiliario, haciéndolo pasar de caballero a titulado y acceder de este modo a la alta aristocracia, éste es el designio al que aludió don Luis, añadiendo, como ya vimos, que más fuerza tenía el tiempo para deshacer las cosas que las humanas voluntades. Al oidor, para poner su negocio a prueba del tiempo, no le queda más salida, que acudir a los consejos de Cardenio y del cura y a la intervención del hermano marqués de Fernando:

En fin fue acordado que don Fernando dijese a los criados de don Luis quién él era y como era su gusto que don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el marqués sería estimado como el valor de don Luis merecía. ... Entendida, pues, de los cuatro la calidad de don Fernando y la intención de don Luis, determinaron entre ellos que los tres se volviesen a contar lo que pasaba a su padre, y el otro se quedase a servir a don Luis, y a no dejalle hasta que ellos volviesen por él o viese lo que su padre les ordenaba (I, 45, 576).

La determinación de don Fernando no se parece a la que le llevó a engañar a Doro-

⁹ Sobre la diversidad y la jerarquización del mundo de los letrados y, entre otros aspectos, el matrimonio como forma de inversión económica y de ascenso social, es de imprescindible consulta el libro de J.M. Pelorson, *Les Letrados juristes castillans sous Philippe III. Recherches sur leur place dans la société, la culture et l'État*, ouvrage publié avec le concours de l'Université de Poitiers, 1980.

tea después de gozarla. Quien se ofrece ahora como mediador no es únicamente, como lo fue siempre, hijo de un duque y hermano de un marqués: es un seductor arrepentido que, después de pedir perdón a su amante, se ha comprometido definitivamente a guardarle la fe que le prometió. Ahora bien, el papel que le corresponde, en esta circunstancia, no se puede comparar con el que don Quijote desempeña a lo largo del cuento, haciendo que los amores de don Luis y doña Clara acaben por formar parte, como decía Cide Hamete, de los mismos casos que suceden al caballero en la venta.

En las historias que se intercalaron en la trama de sus aventuras, desde su llegada a la majada de los cabreros hasta el momento en que el Cautivo puso fin a su relación, don Quijote no pasó de ser comparsa. Se interpone, eso sí, durante el entierro de Grisóstomo, para que nadie se atreva a seguir los pasos de la hermosa Marcela. Más adelante, al adentrarse en Sierra Morena para hacer penitencia, encuentra a Cardenio, con quien traba una amistad que se resuelve en una fuerte pendencia, por culpa de los amores de la reina Madásima. A la inversa, se queda dormido en su camaranchón durante la lectura del *Curioso impertinente*, hasta que el cura tenga que suspenderla, a consecuencia del combate del caballero contra los odres de vino. Y en cuanto al relato del Cautivo, no le inspira el menor comentario. En cambio, en el caso que nos ocupa no deja ni un solo momento de terciar en la acción. Su primera intervención nace de la llegada del oidor a la venta y, más precisamente, del efecto producido por la hermosura de su hija sobre los huéspedes, como se infiere del parlamento que dirige a su padre:

Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez ni incomodidad en el mundo que no dé lugar a las armas y a las letras, y más si las armas y letras traen por guía y adalid a la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, a quien deben no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos y dividirse y abajarse las montañas, para dalle acogida, Entre vuestra merced, digo, en este paraíso; que aquí hallará estrellas y soles que acompañen al cielo que vuestra merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto y la hermosura en su extremo (I, 42, 541).

Como se echa de ver, don Quijote vuelve a cometer el error perceptible desde su primera salida y su armamento, tomando las ventas donde hace etapa por otros tantos castillos: una confusión que se compagina con el recurso a un retoricismo y a un vocabulario arcaico que, hasta entonces, sólo había usado en contadas ocasiones¹⁰. No obstante, reconoce en el oidor un letrado cuya coincidencia con Ruy Pérez de Viedma, en el momento en que éste acaba de concluir su relación, plasma en este castillo la reunión de las armas y las letras, en una perfecta ilustración del famoso discurso que ofreció a sus comensales. Además, no deja de reparar en la hermosura de doña Clara y hasta da a entender que

¹⁰ Sobre su remedo de la lengua antigua, vid. A. Rosenblat, *La lengua del «Quijote»*, Madrid, Gredos, 1971, pp. 26-32,

sobrepasa a la de las demás huéspedes de la venta, separándose del parecer del narrador, más ecuaníme, o más prudente, en este particular¹¹. Esta acogida no deja de admirar al oidor, aunque, en esta circunstancia, esta reacción nace no sólo de las palabras y del talle del ingenioso hidalgo, sino de la aparición, ante sus ojos, de Luscinda, Dorotea y Zoraida, de modo que la admiración que el lector comparte con el recién venido mantiene a raya la risa que podrían originar los disparates de don Quijote.

En virtud de la misma confusión, don Quijote, en el momento en que todos se disponen a recogerse en sus aposentos, se ofrece a hacer la guardia del castillo. No oye, como ya vimos, la voz del mozo de mulas y, a decir verdad, no tenemos el menor indicio de que llegue a enterarse de los amores de los dos jóvenes, de modo que no se le ocurre tratar de prestarles ayuda¹². Pero el fatal desenlace de la burla que le hacen Maritornes y la hija del ventero se debe a la llegada de los criados del padre de don Luis, ya que uno de los caballos en que venían se llega a oler a Rocinante que, «melancólico y triste, con las orejas caídas, sostenía sin moverse a su estirado señor»

Y como en fin era de carne, aunque parecía de leño, no pudo dejar de resentirse y tornar a oler a quien le llegaba a hacer caricias; y así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos pies de don Quijote, y, resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, a no quedar colgado del brazo; cosa que le causó tanto dolor, que creyó, o que la muñeca le cortaban o que el brazo se le arrancaba (I, 43, 559).

Burla cruel, por cierto, aunque hiciera reír, sin lugar a dudas, a los lectores del siglo XVII, pese a no proceder directamente de la malicia de las dos burladoras, sino de un desafortunado cúmulo de circunstancias. En cualquier caso, debido al lugar que ocupa, contribuye a conectar la parte narrativa de la historia intercalada, la de la relación de doña Clara, con los acontecimientos consecutivos al hallazgo de don Luis por sus criados. No es éste el caso, en cambio, del altercado del ventero con los huéspedes que se querían ir sin pagar. Don Quijote, en este episodio, se porta en plena conformidad con el papel que le impuso Dorotea al hacerse pasar por la princesa Micomicona. Hasta que se lo permita la princesa, no consiente en socorrer al ventero, a despecho de la súplica de los suyos, desquitándose sobre el padre, aunque sin saberlo, del mal trato que recibió de la hija. Más aun: en cuanto repara en que las puñadas y mojicones andan entre gente escuderial, pide que se llame a su escudero Sancho, «que a él le toca y atañe esta defensa y venganza» (I, 44, 566).

En dos ocasiones más la progresión de la novela se vuelve a suspender a con-

¹¹ Al decir del narrador, doña Clara pareció «tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que a todos puso en admiración su vista, de suerte que a no haber visto a Dorotea y a Luscinda y a Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella difícilmente pudiera hallarse» (I, 43, 494).

¹² Punto recalcado por E.C. Riley, «Episodio, novela y aventura en Don Quijote», *Anales cervantinos*, 5 (1955-1956), p. 218.

secuencia de unos incidentes externos: la aparición del barbero al que don Quijote y Sancho habían quitado el uno su bacía, el otro su albarda y que pretende recobrar sus pertenencias, dando así lugar a una nueva burla; y la llegada de los cuadrilleros de la Santa Hermandad que, al reconocer al hombre que dio libertad a los galeotes, lo quieren detener en virtud del mandamiento que traen. Con todo, las peripecias cómicas que estos incidentes acarrear implican a la totalidad de los huéspedes de la venta. En tanto que el cura, el barbero su amigo, Cardenio y don Fernando concurren a convencer al otro barbero de que la bacía es yelmo y la albarda jaez de caballo, los criados de don Luis, así como los cuadrilleros se sorprenden y hasta se indignan de lo que les parece ser el mayor disparate del mundo. Así es como su cólera desencadena un alboroto y una pendencia de la cual no escapa ninguno de los presentes: ni siquiera don Luis, «a quien un criado suyo se atrevió a asirle del brazo porque no se fuese», y que «le dio una puñada que le bañó los dientes en sangre» (I, 45, 575). Quien pone fin a «este caos, máquina y laberinto de cosas» viene a ser don Quijote. Viendo en esta pendencia un traslado de la discordia del campo de Agramante, pide al cura que sirva de rey Agramante y al oidor de rey Sobrino para restablecer las paces.

Desde un punto de vista meramente estructural, este procedimiento, que incorpora los cuentos intercalados a los sucesos de don Quijote, resulta algo forzado, y no se vuelve a observar en la manera con que, momentos después, el cura convence a los cuadrilleros de renunciar a detener a don Quijote, por tratarse de un loco al que luego habían de dejar por fuerza. Pero el juego de correspondencias entre los diferentes niveles de ficción nos lleva más allá de esta vinculación un tanto artificiosa, con tal que retrocedamos al reencuentro del capitán y del oidor. En efecto, en tanto que contempla el abrazo de los dos hermanos, el ingenioso hidalgo, atento, se queda «sin hablar palabra, considerando estos tan estraños sucesos, atribuyéndolos todos a quimeras de la andante caballería» (I, 42, 499). Así pues, enfoca desde sus habituales criterios un acontecimiento sin duda inaudito, pero que, por ser propio de las novelas de aventuras, pertenece a lo posible extraordinario¹³. En este sentido, no hay diferencia para él entre este caso que no deja de ser verosímil para el lector de esta historia, y las «quimeras» que pudieron proporcionarle sus lecturas predilectas, y que él va a vivir en carne propia: la llamada, desde su ventana, de una enamorada doncella que va a atarle la mano con un cordel al cerrojo y, más adelante, las dos pendencias que convierten la venta en un nuevo campo de Agramante. Como declara al restablecer las paces, «¿no os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna región de demonios debe de habitar en él?» (I, 45, 526). Como para confirmar este juego de correspondencias, una vez sosegadas estas pendencias, «que eran las más principales y de más tomo», los criados

¹³ Sobre estas cuestiones sigue siendo fundamental el libro de E.C. Riley, *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, Taurus, 1966, esp. pp. 284-314.

de don Luis se conforman con lo que les proponen el oidor y don Fernando. En vista de lo cual, comenta Cide Hamete,

Como ya la buena suerte y mejor fortuna había comenzado a romper lanzas y a facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo a cabo y dar a todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto don Luis quería (I, 46, 575).

En el caso de los dos jóvenes amantes, el «feliz suceso» no se constituye como un final orgánico, a pesar del contento que recibe de este acuerdo doña Clara. Nada se nos dice, en efecto, de la acogida reservada por el padre de don Luis a sus criados. Las aventuras de don Quijote vuelven a ocupar el primer plano, con su enjaulamiento por obra de unos supuestos encantadores, entre los cuales estos mismos criados figuran disfrazados, así como los demás actores de la burla. No tenemos entonces más remedio que esperar que don Fernando cumpla la promesa que hace al cura al despedirse de él: escribirle para avisarle de «todo aquello que él viese que podría darle gusto, así de su casamiento como del bautismo de Zoraida, y suceso de don Luis, y vuelta de Luscinda a su casa» (I, 47, 593). Sin el visto bueno del señor de lugares, no podrán el cura ni el lector recibir el menor gusto del «suceso» de don Luis. Pero, caso de que su parecer fuera contrario al deseo del oidor y a la voluntad de los amantes, la historia de estos amores, para no quedar trunca, hubiera tenido que ser retomada y desarrollada por Cide Hamete, en el breve espacio que media entre el encantamiento de don Quijote y su regreso a su aldea. El que se suspenda en un clima de felicidad compartida basta no sólo para convencernos de la posibilidad de un esperanzador desenlace, sino para convertir esta esperanza en una solución artísticamente válida. En este sentido, la manera con que se nos cuenta el suceso de los amores de don Luis y doña Clara se nos aparece como un eslabón en un proceso integrador que, si bien no se observó en los relatos anteriores, encontrará, en cambio, su plena realización en la segunda parte del *Quijote*¹⁴.

¹⁴ El presente artículo se desarrolla más ampliamente un trabajo en prensa que aparecerá en el volumen coordinado por A. Redondo, *Releyendo el Quijote cuatrocientos años después. Actas del Coloquio de la Universidad de la Sorbonne Nouvelle* (París, 30 de junio-2 de julio de 2005).